

LA UNIVERSIDAD: *¿Problema o esperanza?*

La universidad venezolana y la sociedad en que se nutre se encuentran en conflicto. Ambas se necesitan mutuamente; de ahí que sus relaciones actuales constituyan un serio problema. Se han estudiado como enemigos y los diagnósticos no concuerdan. La sociedad ha ideado un modelo de universidad, pero ésta no lo acepta. A su vez la universidad ha delineado su modelo de sociedad y tampoco es admitido.

Un acuerdo mutuo, por lo menos en sus lineamientos fundamentales, se hace indispensable. De ello va a depender el que la universidad resulte para el futuro un problema o un factor de esperanza.

Universidad ideal en Sociedad real

La coyuntura universitaria presente ha producido abundante literatura sobre lo que debe ser una universidad. Nuestra exuberancia tropical nos está pintando un ideal de Universidad que deja cortas las pretensiones hasta ahora conocidas. La misma terminología sólo es asequible a los expertos. Posiblemente es un buen aporte teórico, pero dudamos que corresponda al nivel y a las necesidades de nuestra realidad social. El aterrizaje a la realidad y la aceptación de los límites que ella impone es una labor que no acabamos de interiorizar.

La Universidad es un problema. El mundo universitario justifica esta problemática diciendo que es un reflejo de la sociedad. Argumento peligroso que, entendido estrictamente, podría llevar a un concepto pasivo de la institución. No estamos de acuerdo con esta interpretación estricta, pero la admitimos en el sentido de que la Universidad debe estar afincada en nuestra realidad social. Sus metas y política deben estar encuadradas dentro del proceso de superación factible de ella y ser, desde dentro, un factor que acelera su dinamismo. Una Universidad ideal, maravillosa en su concepción cuantitativa y cualitativa, pero fuera del cuadro de la realidad social, sería una pretensión utópica en el sentido negativo de la palabra.

Al escuchar ciertas definiciones acerca del deber ser de la Universidad y las condiciones que ello conlleva (abierto a todos, autónoma, con participación de todos los miembros de la comunidad universitaria en las decisiones, en el gobierno, en la enseñanza y aprendizaje, pluralista, analítica y comprensiva, con derecho a exigir del Estado todo lo necesario para este ejercicio...) dudamos mucho que estas exigencias indiquen su ubicación en una realidad social en que la mayor parte de la población carece de las condiciones mínimas a nivel de supervivencia digna, en lo económico, educativo, cultural...

Exigir una proporción excesiva de nuestros escasos recursos para una pretensión que impida con ello lo necesario para poner los fundamentos indispensables para que ese ideal pueda ser algún día factible, parece en términos de sentido común una política obstruccionista para el progreso de la sociedad. Se cumple aquí la gran verdad de la filosofía popular: lo mejor es enemigo de lo bueno. Tememos que se esté intentando implantar una universidad ideal fuera de las posibilidades de nuestra sociedad real. No es de extrañar que de esta forma la Universidad resulte un problema nacional.

Universidad y Sociedad

Una Universidad afincada en la sociedad, no solamente tiene que reflejar su patología social sino también los esfuerzos por superar sus problemas. En otras palabras, debe participar no sólo pasiva, sino activamente en ella. Una Universidad ideada fuera de la realidad social en que vive y que desde fuera culpa a la Sociedad indica que se contenta con una simple participación pasiva.

Se puede argüir que no es sólo eso lo que pretenden los miembros universitarios, sino que quieren participar en la conducción activa de la sociedad. Estamos de acuerdo en el contenido completo de esta pretensión. Ahora bien, la participación activa en la conducción de la sociedad incluye varios elementos: ante todo un análisis crítico de las estructuras existentes, en segundo lugar la elaboración de nuevos modelos, en tercer lugar la determinación de medios operativos y en cuarto lugar la participación práctica en su ejecución.

Tememos que la madurez universitaria apenas haya superado el primer elemento de su labor crítica de las estructuras sociales existentes. Más aún el valor mismo de esta crítica está deteriorada por su incapacidad para organizarse internamente. Es cierto que ha habido momentos en que las fuerzas del orden público han intervenido en ella, pero no es menos cierto que han gozado de facilidades suficientes para diseñar y ensayar una nueva forma estructural interna que hubiera podido servir de modelo a la sociedad. El modelo viviente que ha dibujado la comunidad universitaria como organización interna contiene muy poco atractivo novedoso. Y el pueblo que sabe que el presupuesto usado en esa labor supone el sacrificio de su pan diario, poco confía ya en soluciones universitarias.

El saber embarrado

La Universidad "Alma Mater", "Centro del saber", etc., son expresiones arcaicas de un pasado donde el saber tenía mucho de romance. En nuestra realidad social, que tiene muy poco de romanticismo, la cruda verdad es que la Universidad consiste en un grupo de privilegiados cuya única justificación consiste en que descubran la ciencia teniendo como pretexto el barro en que vive un porcentaje demasiado grande de nuestra sociedad. Toda reforma, llámese revolucionaria o progresista, será tal en tanto en cuanto aporte formas concretas para superar esta realidad. Y para ello hay que embarrarse, como anda embarrado nuestro pueblo.

No pocas veces la comunidad universitaria proyecta una imagen contradictoria. Por un lado propicia una línea revolucionaria, redentora del oprimido y del alienado, y por otro lado orienta su propia estructura interna en unos programas de reforma cada vez más alejados de nuestra realidad social, no fundamentados en nuestras necesidades vivenciales, totalmente dedicados a los análisis teóricos y muy poco empeñados en poner en práctica modelos educativos, culturales, económicos y comunitarios que impulsen la transformación del mundo alienado. Para ello las reformas universitarias deberían orientarse no a modelos abstractos puros que alejan de la realidad, sino a la dirección contraria, a la ciencia de la transformación de la realidad embarrada.

Estamos de acuerdo en la necesidad de una reforma universitaria, pero no hemos visto ninguna que integre como labor típicamente universitaria el trabajo sistemático en nuestros barrios como parte esencial del pensum universitario. El nivel universitario, en una sociedad en que la mayoría de la población no ha podido adquirir los fundamentos de formación humana básica, es un lujo difícilmente justificable. Su existencia tiene sentido en tanto en cuanto sea un factor positivo que directamente aporte en la aceleración del proceso en la consecución de los derechos fundamentales de la Sociedad. Un sistema universitario que no cumpla con este deber fundamental difícilmente se puede justificar. Nada tenemos en contra de una dedicación exclusiva a la ciencia pura; lo que afirmamos es que tiene su puesto dentro de cierta jerarquía de prioridades y la regla para establecerla tiene como criterio la situación real de la sociedad en que se vive.

Será maravilloso el conocer la estructura íntima de los planetas que nos rodean, pero siempre queda el interrogante de los miles de millones que en ello se gastan en un mundo en que 300 millones de personas padecen hambre. Paralelamente sería maravilloso el poder dedicar cinco o más años de la vida a la ciencia pura, pero nos duele que eso se realice a costa de que tan gran parte de la sociedad carezca de los fundamentos indispensables de subsistencia.

Defendemos una reforma universitaria. Aplaudimos la ascensión de la comunidad universitaria a ser algo significativo en la estructura social. Admiramos la adquisición de ciencia, pero de esa ciencia que transforme nuestra realidad social. Y esta ciencia sólo se consigue trabajando y participando en modelos ensayados en el barro de nuestra realidad social. Seguiremos esperando una estructura universitaria en que el trabajo sistemático ocupe su tiempo correspondiente. En ese momento la Universidad, en vez de ser un problema, se convertiría en una esperanza nacional.